

San José, Costa Rica, 18 de Marzo - de 1894

Setiembre

Quartillas

PUBLICACION QUINCENAL

Nº 1. - *12*

CONTENIDO

I Nuestra publicación—II. Las
uñas—III. Mignon—IV. Para hom-
bres—V. En Paris (poesía)—VI.
Un capullo—VII. Crónica.

Director,

A. Luján

Tip. Nacional.



Nuestra publicación.

NOS preocupa muchísimo la acogida que el público inteligente preste á nuestras primicias literarias, y nos contrista la idea de que nuestra hoja no vaya á cumplir otra misión sino la de ensanchar el rico campo de los lugares comunes.

Hoy que circulan por el mundo tantas buenas obras de arte, creadas por maestros de indiscutible genio, es, á la verdad, difícil producir algo nuevo que satisfaga el refinado gusto de los lectores. No pretendemos nosotros—librenos Dios de ello—ocupar con nuestras labores el eminente puesto de altas personalidades, y nuestro objeto, al dar á la estampa nuestras sensaciones, es de seguro menos egoísta, pues con nuestros estudios queremos únicamente despertar el entusiasmo en la juventud, á fin de que, mediante la educación estética, en día no lejano puedan las letras patrias tener una fisonomía propia, no calcada sobre los resobados patrones europeos, que, si excelentes son para novelar en el Viejo Mundo, no pueden, sin incurrir en un pecado mortal contra la sensatez, servir para mensajeros de nuestras impresiones netamente locales.

Así, aspiramos tan sólo á ser los precursores de una Revista seria que haga por la sana literatura patria. Si nuestros deseos salen fallidos en este ensayo, culpa no es de su espíritu, sino de nuestra ineptitud.

No pedimos aplausos, ni nos desalamos por la fama: exigimos justicia á nuestros críticos.



Las uñas

Á GUZMÁN BLANCO, JUÁREZ CELMAN, ETC.

(ARTÍCULO QUE SE LE OLVIDÓ Á PROAÑO.)

DEDICO este artículo á los señores Ministros de Hacienda de todos los países y de todas las épocas, á las suegras y á los escribanos, de quienes dice el cantar:

Un escribano y un gato
en un pozo se cayeron;
como los dos tienen uñas
por la pared se subieron.

Nada tan estorioso é inútil como las uñas, malhadado apéndice que nos semeja á los animales de peor calaña, proporcionándonos solamente el beneficio de aliviarnos de las picazones, poca cosa en verdad para las molestias que proporcionan y el tiempo que quitan.

Vamos á hacer de ellas un proceso circunstanciado: calculando que un hombre gaste media hora cada día en arreglarse las uñas, y es bajo el cálculo, si ese hombre vive 50 años, emplea al cabo de éstos 380 días y 11 horas, es decir, más de un año de su existencia dedicado á un inútil é improductivo ejercicio; esto por supuesto se refiere á los hombres de sociedad que aman el aseo y cumplen como es debido con el ritual urbano que prescribe que las uñas deben llevarse limpias.

Fuera de esta desventaja, vamos á apuntar algunos otros defectos que nos las hacen aborrecibles.

Sólo en cosas malas tienen ocupación; hé aquí su letanía funesta: son asesinas, ya que con ellas se matan piojos, pulgas, etc.

La práctica nos enseña que debemos huir de todas aquellas gentes que esconden las uñas. En las manos de las mujeres, constituyen un arma; en las de los hombres una molestia.

Con las uñas se dan los pellizcos finitos, retorcidos, etc; distinguiéndose entre las muchas variedades, los que llaman de *monja*, quizá porque hacen, como alguñas de ellas, cardenales.

Tienen de parecido con las yerbas malas, el que es muy difícil destruirlas, pero no sirven como éstas siquiera para pasto, pues, la educación nos prohíbe comérnoslas.

Al diablo lo pintan con uñas; á buen seguro que nadie quisiera verse en las uñas de un gávilán; por las uñas conocen los tísicos su enfermedad; no hay cosa más desagradable que una majadura en una uña, y lo peor es que á pesar de ser tan malas no existe medio de librarse de ellas, ni enterrándolas, pues el dolor más vivo, más horrible que se conoce es el de una uña enterrada. Las uñas son madres de los uñeros y primas de los callos, huéspedes ambos importunísimos.

Salir uno libre de un peligro, equivale á decir que salió sin un arañó.

En todas partes están haciendo mal papel; en los vegetales representadas en el bejuco llamado "uña de gato" que es peor que la zarza; en los animales, es atributo de las fieras: león, tigre, suegra, etc.

Se puede caer en las orejas, en la boca, en la cabeza, en la espalda, en cualquier parte del cuerpo de un usurero, pero ay! del que caiga en sus uñas, porque no escapa con vida, ó al menos con bolsa.

Los inquisidores, tan duchos en inventar atrocidades, se divertían con sus víctimas, metiéndoles púas de caña entre las uñas y la carne, ó arrancándoselas, atendiendo, sin duda, á la necesidad de castigar á los herejes por tan mala parte.

Hago una excepción. Nada de esto reza con las uñas de marfil y rosa de mis bellas lectoras á quienes con respeto se las besaría, aún exponiéndome á un arañazo. Concluyo: las uñas para nada sirven, ni siquiera para formar un mal articulillo, por lo que éste queda á la disposición de los críticos que quieran meterle la uña, advirtiéndoles, eso sí, que yo uso las mías agudísimas y filosas.

Aquileo J. Echeverría.





Mignon.

EL teatro de la ópera en París representaba por primera vez el *Lohengrin* de Wagner, y el pueblo parisiense herido en su orgullo nacional, protestaba amotinándose en plazas y boulevares adyacentes en pelotones de miles de hombres, cuando la ví en medio de toda aquella gente enfurecida que la causaba miedo.

A ella, que apenas era una chiquilla cuando yo me fuí á hacer mis estudios, me la encontré hecha toda una señorita encantadora.

Su negro y sedoso cabello caía en ondas finísimas sobre su espalda, formando hermosas trenzas.— De sus labios salía por entre hileras de perlas, una risa argentina y sonora que comunicaba el buen humor á cuantos la tratábamos. Pero nada tan bello como sus ojos negros y brillantes, de los que se podía exclamar con el poeta:

*De esa mujer entre los negros ojos,
Un universo de placer chispea,
Palidecen del sol los rayos rojos,
Y vacila la luz si pestañea.*

Su talle esbelto, junto con un pie diminuto completaban aquel hermoso cuerpo.

Su alma tan sencilla como pura era un tesoro escondido y su corazón aun velado, esperaba cual la flor, la blanca mariposa, que debiera posarse sobre su corola azul, para despertarla al amor.

De sentimientos elevados, miraba el amor como un imposible, y á pesar de sus quince primaveras,

aún no había amado á ningún hombre. Su alma era un santuario que se abriría tan sólo para quien con sentimientos tan exquisitos como los de ella, lograrse despertarla del ensueño en que vivía. A quien únicamente amaba, era á su madre; y la pasión más grande que tenía era por la música y las otras bellas artes.

Con las hermosas cualidades que ella poseía, sintiendo en mi pecho una sed infinita de amor, y encontrándola tan bella y tan ideal, la amé como sólo una vez se ama, sepultando mi amor en el silencio y esperando poder llegar á interesarla en mi favor.



Que bella es Venecia, sobre todo si se visita en un *mardigras* y se encuentra uno allí con compatriotas y muchachas alegres!

En la tarde de ese día, el canal de la *Giudecca* no podía casi contener el sin número de góndolas y barcarolas, que cubiertas de cintas, flores y gallardetes de los más vivos colores, se chocaban y empujaban entre sí. La música llenaba el aire con infinidad de melodías, y las orquestas húngaras y de gitanos dejaban oír sus más apasionadas notas, mientras que por ramblas y puentes pululaba una multitud inmensa. Por todas partes se veían máscaras, vestidos de sedas atornasoladas y mujeres lindísimas.

En medio de aquella gente y en una góndola adornada de rosas blancas, la ví por segunda vez.

Qué pálida y qué triste estaba! Parecía una nota discordante en medio de aquella alegría arrebatadora que hacía olvidar todo, menos el amor. De sus pupilas negras y lucientes en otro tiempo, no quedaban más que unos ojos apagados y sin brillo. Todo su ser era tan delicado y débil que mostraba al más inexperto que una pena íntima minaba su espíritu, ó una enfermedad incurable se había apoderado de su cuerpo.

Después de vagar por algún tiempo en la *Giudecca* y habiéndose levantado en el canal una niebla

húmeda y fría que la hizo toser mucho, volvimos al hotel en compañía de la demás familia.

Por la noche, unos jóvenes venecianos tocaban guitarras y bandurrias frente á su ventana, y cada vez que una canción triste hería su oído, rodaba por sus mejillas pálidas una lágrima, mientras que su cabeza pensativa se perdía mirando allá arriba, en las gasas tenues del cielo, en el azul.

El aire húmedo de Venecia me hace mal, me dijo, cuando la pregunté la causa de sus pesares. Después, como quien está soñando, continuó con su voz apagada por la enfermedad. “Quisiera volverme á mi París para respirar las brisas perfumadas del Bosque y pasearme por entre el bullicio de sus boulevares”.

* * *

Un año más tarde, visitaba en compañía de mi amigo Eduardo el *Père Lachaise*, cuando en un rincón oculto de los muchos que forman sus callecitas estrechas y sombrías, ví una tumba cubierta de rosas blancas, frescas aún, en tanto que un amorcillo escribía sobre una lápida de mármol, el poético nombre de “*Mignon*”, mientras que, allá dentro de aquel ataúd blanco, la podredumbre invadía poco á poco su cuerpo delicado.

JAJALJIT.

Marzo 1º de 1894.





Para hombres.

Tendría yo acaso diecinueve años y asistía á las clases de Derecho en la Universidad. Mi familia ausente me había dejado en una casa que recibía estudiantes de provincias y que me recibió como pensionista.

Servía á la mesa una chica de mi edad, de peregrina belleza, que me cautivó con sus hechizos desde los primeros días; yo no osaba ni volverla á ver porque la patrona la celaba horriblemente, comprendiendo el peligro que aquella divina criatura, llena de gracia natural, corría entre tantos soñadores sin escrúpulo que la asediaban de continuo. Mi carácter retraído y el diablo de respeto que yo tenía por *la autoridad constituida* me alejaban, pues, de toda tentativa, infructuosa por lo demás, de seguro no sólo por los cuidados de doña Ramona, sino también por la virtud á toda prueba de aquella niña venida del campo á San José para ganar su vida honradamente.

Así es que entre los cinco ó seis comensales, yo era el que aparentaba mayor indiferencia hacia Julia y nadie sospechó nunca que un fuego intenso devoraba mi corazón y que me iba enamorando de ella á toda vela. Sentado este buen precedente como línea de conducta, se me tenía plena confianza. La patrona me citaba como modelo y dechado de costumbres; los amigos pensaban que yo había errado mi vocación y que debía estar más bien en el Seminario que tomando lecciones con don Salvador y la criadita que huía como una gacela de los demás, no tenía reparo en charlar conmigo y en venir de vez en

cuando á interrumpir mi estudio, preguntándome, con la sencillez de su estado, una partida de cosas que ella no se explicaba y que su curiosidad femenina nunca satisfecha le sugería.

Rompí sin apercibirme las conveniencias sociales que había guardado hasta entonces y la devoraba con ardientes miradas durante el servicio, aunque nunca me atreví á decirle una palabra de lo que por ella sentía, ni cosa que se pareciera. pero un día que llegué muy temprano á tomar mi café de la mañana, la encontré sola barriendo el zaguán, tan bella y provocativa con su camisita de gola, con sus brazos ebúrneos y su garganta llena de promesas de amor, que no pude contener mi emoción y la dí un abrazo apasionado, busqué su boca que escondía ruborosa bajando la cabeza, y la besé en los labios. Ni ella ni yo dijimos esta boca es mía. Fué á la cocina, me trajo el café y partí. Día inolvidable—un primer beso y dado á aquella niña, á aquel capullo de rosa aún no abierto á pleno sol, á aquella divina criatura que me miraba con sus ojos grandes, profundos, mojados de amor, ¡cómo lo voy á olvidar! Como dice la copla popular:

Dos besos tengo en el alma
Que no se apartan de mí,
El último de mi madre
Y el primero que te dí.

Por supuesto que en adelante siempre llegué temprano á tomar mi café. ¡Ay! qué rico que estaba el café. Comprendo desde entonces que el que madruga.

Esto duró un día, un mes. qué sé yo, no podría decirlo era tan feliz! el matinal rendez—vous me llenaba de vida para todo el día.

Las vacaciones nos separaron. . . ¡ah! pero olvidaba lo de las cartas. Sí, me escribió sin motivo, pues que nos veíamos á cada rato, pero ella seguramente sentía la necesidad de abrirme su pecho, de dar salida

á la pasión, de decirme que me quería, que yo era su vida, su Dios, su todo.

Las cartas me las ponía dentro del Heinecio, texto de Derecho Romano, que era la clase de la mañana.

Escribía de noche, acostada quien sabe con qué dificultades y tropiezos. Recuerdo como comenzaba una de sus románticas epístolas. Había copiado un verso que me causó algo como un sentimiento de pudor, de vergüenza, de humillación, decía así:

“Llorando cogí la pluma,
Llorando cogí el tintero
Llorando lágrimas tristes
Por un muchacho soltero.”

Terminaba, pues la carta no era muy larga, y en la posdata me decía que la vigilaban inquisitorialmente, que tuviera cuidado, y que si la volvía á ver con esos ojos en la comida, no respondía de lo que llevara en la mano, porque la daban vértigos mis miradas.

Cuando pasaron los exámenes, se disolvió el boarding house y doña Ramona y Julia se fueron de temporada á Alajuela.

Estuve sin verla casi un siglo, no sé si me equivoco, pero así me pareció á mí el tiempo pasado lejos de ella. Llegué una tarde:—me hospedaron en la casa y me arreglaron una cama en un cuarto independiente, cuya puerta daba al corredor.

Julia estaba hermosísima, llena de vida, rosada como una manzana; el pelo suelto rodaba sobre su espalda; había tomado un baño en la Maravilla y estaba maravillosa de fresca y lozanía.

Comimos, salí, volví al chocolate y sin haber tenido ocasión de decirle nada, me recogí después de jugar una partida de malilla con mi patrona y su amiga, la dueña de casa, con quién según pude entender dormía mi cielo. Saqué de mi saco de viaje una camisa de noche, un libro y me acosté después de

colocar el reloj en la perilla de la cabecera para ver la hora al día siguiente.

Me dormí insensiblemente, soñé mil cosas imposibles; de repente me pareció oír crujir la puerta y distinguí el froufrou de un traje. El cuarto estaba oscuro, completamente oscuro, yo nada veía, ni oía el ruido que me pareció escuchar. Sin embargo, me incorporé en el lecho, avancé, los brazos buscando como un ciego su camino y alguien cayó en ellos silenciosamente. La cabellera sedosa, las redondeces apretadas, los labios frescos y el olor de juventud femenina, me indicaron quien era: ella era que no habiendo podido esquivarse á la insoportable vigilancia del día se había escapado del lado de su compañera, dejándola entregada al sueño.

Yo no sabía que hacer, que decir, que pensar.—Cuántas ideas se cruzaron en mi cerebro, cuánta sangre subió á mi cabeza y como latía mi corazón!—Que hacer!—La tomé en mis brazos y la senté á mi lado. Una lluvia de besos la cubría, y no daba punto de reposo. En sus ojos había lágrimas que se desprendían y sollozaba. Traté de consolarla y de provocar una explicación que no obtuve de ningún modo. Sólo me decía que me amaba y que la amara, que no habría podido verme partir al día siguiente sin haberme lo dicho y sin que yo le diera uno de esos besos inmensos, eternos, húmedos, que le trastornaban el juicio, que la compadeciera, que no pensara mal de ella y que confiaba en mi respeto.

Traía en el bolsillo de las enaguas unos dulces que había guardado en la cena y los comimos á medias, riendo sin parar, con una risa nerviosa irresistible, provocada por la tensión de nervios.

Vino la calma, la inacción; el ensueño, el olvido y nos quedamos dormidos, ella en mis brazos. No sé más . . . ,

Rayaba la aurora cuando desperté con sobresalto: bella como una venus del Ticiano, ella dormía aún, así la hubiera dejado largo tiempo contemplando su

hermosura; pero su boca provocativa me venció y hubo de despertar al calor de mis besos.

Pronto! la dije, Julia, por Dios, que ya es de día. Vuelve á tu cuarto, corre, vuela, que hemos hecho! olvida. Esto es un sueño vano.

Saltó coqueta pasándome por encima, corrió ligera hacia la puerta y la ví desaparecer dejándome como recuerdo solo su perfume de virgen.

De esto hace tiempo,—yo no la volví á ver.— Cuando volvimos á la Universidad ya no estaba en la pensión. Un compañero me dijo que la había visto, riempre bella, pero de otro género de belleza: algo como si el brillo de sus ojos se hubiera apagado un tanto y como si su alegría juguetona de pájaro matinal se hubiera trocado por una apacible dulzura.

Como si la flor hubiera abierto su cáliz á pleno sol y á toda vida.

M. E.





En París.

Del Dr. F. E. Fonseca,

EN torno de una mesa,
y á la luz de una lámpara esplendente,
tres lindas damiselas
de París, una noche alegremente,
charlaban y bebían.

La alcoba, regiamente
decorada con lunas de Venecia
y tapices riquísimos de Oriente,
como un joyel espléndida brillaba.
En jarrones de Sevres esparcían
violetas y jazmines
su aroma delicado;
y junto á un biombo chino,
de flores y de grullas esmaltado,
hechicero se alzaba
de Paolo y Francesca
el grupo escultural y peregrino.

En áurea estufa lentamente ardían
las ascuas como vívidos fanales;
y el viento frío, tiritando afuera,
zumbaba en las ventanas de cristales.

Eran á cual más bellas y atrayentes
las jóvenes y alegres comensales:
Fanny, la blonda de los garzos ojos,
reinaba por sus gracias y talento;

pero á su lado estaban, indolentes,
en sus divanes de felpudo asiento,
Lulú, niña hechicera
de alabastrino cuello, labios rojos
y tumultuosa y negra cabellera,
y Olga de Mericourt-viva escultura-
que en el Certamen de Bellezas fuera
quien el premio obtuviera
por la alteza triunfal de su hermosura.

De ellas en compañía
Jorge Rudín, Alfredo
Vernón, y otros más, habían tenido
una noche de escándalo y orgía.
Hastiados y beodos,
uno tras otro, todos
dejaron el salón. Quedaba solo,
callado y pensativo,
Edgardo de Banville, joven altivo
y bello como un dios: era un Apolo.

Esas flores caídas
de París en el cieno, ya aturcidas
del báquico deleite y los excesos
del amor y los besos,
fueron cayendo en lánguido desmayo;
pero de pronto Fanny,-
gallardo lirio del florido Mayo,-
batiendo palmas levantóse y dijo:
—Una moción propongo: ¡Que hable Edgardo!
¡Unos versos! . . . ¡Un brindis yo quisiera!—
Y todas á porfía
dijeron á una voz: —¡ Que cante el bardo !—

Al fin, cediendo al ruego
que en loca algarabía
ese coro de jóvenes le hiciera,
Banville se puso en pie. De su mirada,
profunda y melancólica, emergía
la llama de la idea.

Tomó una copa de cristal de Bohemia
 que, ancha y transparente,
 parecía tallada
 en el seno hierático y turgente
 de Venus Citerea;
 y deshaciendo el ceño de la frente
 dijo por fin con frase emocionada:
 —“Pues bien, hermosas, sea. . . . !
 ¡ Brindo por mi adorada,
 la dulce niña de cabellos de oro
 y lánguida mirada !. . . .
 ¡ Qué importa que no me ame si la adoro
 con infinito anhelo !
 Inefable tesoro
 de candor y belleza, Olimpia mía:
 mi ensueño, mi ilusión, la musa bella
 que en mis noches nostálgicas de duelo,
 baja á la alcoba donde pienso en ella. . . . !

—¡ Bravo ! ¡ Bravo !—exclamaron á porfía
 las jóvenes bacantes,
 en los ardores locos de la orgía.

—¡ Yo brindo, dijo Fanny,
 sonriendo picaresca y con desgaire,
 por el amor, el vino y la alegría !
 y alzó la copa al aire.

—¡ Bebamos, Olga, por tu tierno amante !

—¿ Por Alfredo? . . . No, nó, que es un tunante!—

—¡ Fanny, por tí !. . . ¡ Salud, salud amiga !—

—Dejadme continuar,—les dijo Edgardo;
 y Olga repuso, irguiéndose arrogante,

—¡ Ea !. . . ¡ Chitón ! Dejadlo que prosiga !—

Por fin reinó la calma,
 y entristecido el bardo
 su brindis continuó:

—“¡ Ensueño mío:
 por arrancar del alma
 un instante siquiera tu recuerdo,

errante y vagabundo
 he recorrido el mundo,
 siempre en pos de quiméricos placeres;
 mas doquiera, en mi loco desvarío,
 vosotras ¡ oh gentiles
 y adorables mujeres !
 me habéis sólo inspirado
 esplín profundo, insoportable hastío.
 Y he recorrido Italia,
 Viena, Londres, París. . . . toda la Europa,
 sin paz y sin ventura ni sosiego !. . . .
 ¡ Brindo por ella !"—

Y apuró la copa;
 y lentamente de sus ojos húmedos
 deslizóse una lágrima de fuego.

Al terminarse el brindis,
 ninguna dijo nada:
 sólo Fanny, la rubia de ojos garzos,
 lanzó una carcajada;
 y luego áltiva, con desdén de diosa,
 desprendiendo las flores ya marchitas
 què en su seno temblaban,
 como una ofrenda le arrojó una rosa.

En ese instante de improviso abrióse
 la puerta del salón, y un caballero
 apareció exclamando:
 —Las cuatro han dado ya. Vamos! No espero !-

—¡ Abur !—gritaron todas;
 y envueltas en sus chales,
 hechiceras, alegres y triunfales
 á la calle salieron.



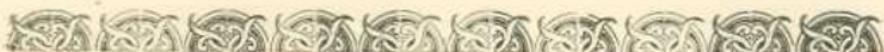
Un rumor vagamente
 de la ciudad se alzaba. Amanecía.
 La aurora aparecía

alba y desnuda en el rosado oriente;
y un coche, á todo escape,
en donde iban tres jóvenes hermosas,
del alegre París entonces hacía
estremecer las calles bulliciosas.

Emilio Pacheco C.

San José, C. R. Marzo de 1894.





Un capullo.

AUNQUE con algún trabajo, conseguimos el librito *Bibelots* y saboreamos su reducida lectura. Creemos que su autor, no se molestará porque consagremos algunas páginas, nosotros jóvenes como él, inexpertos en la crítica, como él inexperto en el cuento, al estudio de su folleto azul.

Ha sido un libro elogiado, mimado, entrevemos al través de sus páginas un triunfo halagador, quizá un principio de éxito. La tentativa realmente no ha sido del todo malograda; se anuncia un principiante de felices disposiciones en la labor literaria. Por otra parte, su juventud extremada y señalada por todos los que le elogian, es circunstancia muy favorable para hacernos simpáticas las primeras páginas, las románticas primicias de un ingenio que pugna por salir á luz. Pero ya que todos han alentado al señor Ambrogi, ya que él debe de estar satisfecho de recibir aplausos caracterizados y nuestro elogio no diría nada nuevo, ni nuestra censura ha de desilusionar al principiante, después del concierto de felicitaciones recibidas, como todo no ha de ser miel en este mundo, vamos á prescindir del convencionalismo que parece existir en adular al nuevo ingenio salvadoreño, y vamos á dar nuestro parecer entero y verdadero sobre su intento literario.

En estos días, hojeando un libro de *Clarín* nos encontramos estas frases que vinieron á concertar con un pensamiento que de viejo teníamos: “El cuento—dice—no es más ni menos arte que la novela: no es más difícil como se ha dicho, pero tampoco menos;

es otra cosa, es más difícil para el que no es cuentista". . . . "Muchos *particulares* que hasta ahora jamás se habían creído con aptitudes para inventar fábulas en prosa con el nombre de novelas, *han roto* á escribir cuentos como si en la vida no hubieran hecho otra cosa."

El cuento necesita, pues, para su cultivo, aptitudes adecuadas, imaginación brillante, fuera de las demás condiciones del escritor. Puede hacer cuentos el que sea artista tan delicado que cristalice la bella forma de un bello pensamiento en un marco pequeño. ¿Tiene el señor Ambrogi dotes de cuentista, ó le vienen de molde las palabras del gran crítico español?



Antes de analizar algunas de las producciones del novel autor, diremos algo de su modo de escribir, y aquí nos encontramos en pleno decadentismo.

Lo francés enamora, encanta. Daudet, Maupassant, Mendes, seducen con sus delicadas narraciones. Varios escritores de nuestros países americanos, atraídos por el brillo de esa prosa flexible, de esos pensamientos tan coquetamente expresados, que parecen cosquillar nuestra sensibilidad, han procurado apropiarse esas galas para vestir sus frases, como alguien ha dicho; imitar esos moldes artísticos, y cuando son poetas lo han conseguido, pero el género no es para todos.

Rubén Darío, el Duque Job, son dos. . . . y no más.

Al señor Ambrogi le pareció que era muy fácil el camino, y que la celebridad se encontraba aguardándole en la cima. Gavidia se lo dice claro, pero se lo dice tarde. "Niño que en sus espasmos de entusiasmo artístico toma por modelo á Rubén Darío, que tan cuerdamente rechaza á sus imitadores."—En *Bibelots* se registran expresiones frecuentemente usadas del poeta nicaragüense; "adorables cabecitas rubias,"

“divino bibelot,” “alma blanca,” “imperio azul,” y aun desde que vi el libro en referencia, me dió el corazón de lo que se trataba, pues la cubierta era del fatal color del bajo decadentismo.

La imitación perjudica, afea y expone al ridículo, cuando no se tienen facultades poderosas. De una personalidad como Darío se puede tomar lo malo; lo bueno está fuera de la imitación, porque es su imaginación y su carácter, que le son personales é intrasmisibles.

Queda el vocablo usado, gastado por la moda, las repeticiones frecuentes que él acostumbra; si eso se imita sin tener sus hombros fuertes de talento superior, ¿á qué se exponen ante un público inteligente?

Sucede en este caso típico en Centro América, lo que dicen pasaba con los imitadores de Víctor Hugo en Francia, que se conocían á primera vista por concretarse al uso exagerado de la antítesis y de los períodos breves y conceptuosos, que constituían uno de los vicios del estilo del gran maestro.

En un libro en que se cante al champagne, á los sátiros, á las duquesas de París, á las japonerías, y sobre todo al azul, que recordará cada uno de los cuentos famosos de Rubén, con fraseología conocida y pensamiento rebuscado, ¿qué se juzgará de la originalidad del autor?

El género francés para el cuento es el más lindo y el que está de moda; pero el más difícil de dominar.

Tan peligroso es hasta el ejercicio en él, que en vez de tolerarle al señor Ambrogi que ensaye en esos moldes por ahora, como consiente el señor Acosta, ó de augurarle lauros en esa vía, como lo hacen Rivera y Jerez, le recomendaría yo, si mi voz no fuera tan desautorizada, que la abandone, pero á marchas forzadas, porque el plagio y la vulgaridad son los dos escollos de ese escabroso camino.

Por otra parte, ese romanticismo pasado de moda, le sienta mal á un joven que desea figurar en la

literatura. Concedo que se deba imaginar y dar campo á la fantasía para dorar una leyenda, pero debe acercarse, lo más que se pueda, lo pintado á lo visto y vivido: cuadra más esto con el sentido común y con el gusto moderno, superior al próximo pasado. Sin embargo, como esta es cuestión de criterio, digo mi opinión con franqueza, no trato de imponerla y respeto cualquier mejor parecer.

¿Había meditado el señor Ambrogi todo lo anterior, que de seguro ya lo sabía? ¿Cómo se extravió en sus producciones del buen gusto? O es que imaginó ser otro ejemplar de Darío, con las fuerzas en embrión..... pero Darío.

*
*
*

Analizar algunos de los escritos de Arturo será demostrar todas nuestras anteriores afirmaciones: pensamientos rebuscados, temas extraños del todo al medio en que vive, poca novedad en la forma, y de cuando en cuando, *vagas reminiscencias* de otros autores.

Pero haremos una protesta antes de hacer dicha demostración: las composiciones que forman *Bibelots* no son cuentos, ni cosa que se les parezca, no son pequeñas novelas, ni existe en ellas episodio, ni desenlace; algunos asuntos no se prestarían á ello, y nos parece algo así como un sacrilegio, cuando Vicente Acosta, al hablar de *Bibelots*, dice: "Leyendo sus *cuentos* se percibe el dejo delicado de las producciones de Catulle Mendes, se adivina el corte elegante y coqueto de los artículos de Manuel Gutiérrez Nájera y el derroche encantador de imágenes de ese manirroto que se llama Rubén Darío." ¿Cómo se resiente esta opinión del sentimiento de paisanaje que une al crítico con el *cuentista*!

¿Dónde ha encontrado el señor Acosta ese dejo delicado de que habla? Se referirá á la *Canción del Champagne* ó á *Noviembre*? porque lo que es el derroche, no de imágenes, sino de adjetivos, mani-

fiesto está en *Para una desposada*, como que en diez y seis líneas de que consta el articulejo, diez veces emplea lo blanco.

He leído algunos de los lindos cuentos de Mendes y conozco el *Azul*. . . de Darío; me parece ofender á ambos poetas, citar al niño Ambrogi delante de ellos. Ya lo creo que deseara él tener sus *frases encantadas, que parecen unidas unas á otras por broche de oro y presentar en conjunto reflejo sedoso*, pero. . . si no le suena la flauta.

Yo creo, por lo demás, que el señor Ambrogi no querrá hacer el papel del grajo de la fábula. ¿A qué mencionar sobre sus escritos, como lo hace Gavidia, á Baudelaire, á Richepin, á Mendes? ¿Dónde está la impiedad, el escepticismo, y lo erótico de este principiante? Nada tiene que ver con esas celebridades. Sus escritos no son cuentos, sino frases que revelan el estado de ánimo del autor; por lo demás, muy satisfecho de la vida y creo que de sí mismo.

* * *

El prólogo me parece bien escrito; en mi concepto, Jerez es aventajado en literatura: tiene brillantez su estilo y vigor, sólo un defecto: la ampulosidad y lo demasiado florido. Por supuesto que no estoy de acuerdo con él en muchos puntos, respecto al libro que censuro; me gusta más en el fondo la carta literaria de Rubén Rivera, sensata y atinada. Dió en el clavo, cuando dice: "Mas cuando se aglomeran frases enfáticas, palabras de moda, pensamientos incompletos y vulgares, el cuento, si no se hace insoportable, es siempre la lectura más inútil que puede escogerse." Cruel con el señor Ambrogi es esta franca manifestación, pero más vale así. Ambas piezas son superiores á lo escrito por el autor.

Respecto de sus miniaturas no podríamos detallar cada párrafo que confirma nuestras aseveraciones, pero escogeremos al acaso algunos.

Por ejemplo: *Día Gris* (croquis). Comienza

con puntos suspensivos. No debe tener nada importante que comunicarnos. . . . “Alba—cae, cae (qué? el libro de las manos?), digo: caé la luz, pero viene opaca, gris, acongojada, como tiritando de frío, cae pesada, sucia, como menuda lluvia de ceniza (todo esto la luz, como si pudiera caer. Me explico que la haya confundido con la nieve: es tan cálido el Salvador, que hace pensar en estas frescuras.) “Los pájaros duermen, oculta la cabecita bajo el ala, y la flor, la última, la que cayó desgraciadamente al elevarse el carro, que llevaba la emperatriz primavera (muy señora mía) se muere lenta y suavemente.” Uds. los lectores conocen ya por haberla tratado en los cuentos de Darío, á esta emperatriz, pero lo que no sabían era que los pájaros que despiertan con el alba, duermen todavía, por obra de la portentosa imaginación de este muchacho. Continúa: “Fuera quedan las macetas de flores expuestas al frío. Crueles! (las macetas?) No, la gente que “tras los *opacos* vidrios residen en los *calientes* lechos, rodeados de pieles *exóticas* y de cortinajes blancos mientras tiritan” (las macetas?) “Para matar el aburrimiento es necesario hacer de nuestra casa un mundo imaginario. Sobre todo leer el mago (¡el!) Gauthier, embriagarse con el verso pomposamente diabólico de Baudelaire, saborear á todo gusto el último cuento de Gutiérrez Nájera, el último *verso* de Díaz Mirón y del *amigo* Arciniegas. Así, el invierno no es pesado y hasta se goza” (sólo así?) Noto que este joven está á la última, le llegan los periódicos del extranjero *Le Figaro* *Le Gil Blas*, *L' Echo de Paris* que contiene entre otras preciosidades el último sabroso cuento de Catulle Mendès. Y añade: “Estamos en pleno ensueño.” ¿Lo ven? lee periódicos franceses y le dan ensueños, es decir “á la dernière de Paris.”

Terminemos: “En el paseo Bolívar, alumbrado por gas de luz opaca, se siente mucha tristeza, al pasar presuroso, envuelto en la ancha capa, sufriendo las caricias rudas del viento frío y punzante: no hay gente en las avenidas *envaldozadas*, porque cae el

agua". . . . Y el cuento? ¡chasco!, ¡y esto tiene filiación entre los primorosos relatos de Catulle! Qué horror! Sucede con algunas de estas composiciones, lo que refiere la anécdota del gran músico Rossini, al escuchar una ópera de Verdi: es preciso descubrirse ante muchas frases, que nos son conocidas y estimadas de antaño. Vease *Ojival*, "Tras la pesada cortina nívea que recoge un delgado cordón de oro está el cristal plomizo y tras este el vasto campo verde, el jardín donde florecen lirios de "candidez ideal," gardenias que *espojan* al sol, su místico traje de lino. . . . "abriremos el balcón y penetrarán los pájaros, trayendo con su canto la alegría, que es *ángel rosado*. Temo que al verme sólo huyan y me dejen burlado (los espantaría U. ¿es U. feo?) "Venga U.: es necesaria su presencia. Abra su mano de rosa el balcón. Yo daré la voz. . . . Señores poetas: entrad." Esto es el final: supongo que no han comprendido nada; hay que ponerlos en autos. "Tengo una gran encomienda, un grande compromiso", después. . . . "oh no extrañéis, el poeta es pájaro!" No pude contener la risa. Se le extenderá á Arturito patente de invención. por haber emplumado á todos los rimadores. Ya se vé, como U. no escribe versos quizá para su bien: ya lo creo que es un gran bien, "no entrar á la alcoba blanca, blanca blanca, blanca." Le tiene U. una afición á lo blanco, como la que le tienen los jamaiqueños. ¿Habré dicho una inconveniencia?

*
* *

El procedimiento colorista se extremó en algunos artículos, por ejemplo: *Leyendo á Mistral y En el campo*. Para darles tono, hizo el cuentista un derroche del azul de Vinci y del verde de Rafael, sobre todo del verde, de que tanto gusta el ganado. Encontramos en la última miniatura esta bella frase (será demonómana?) "amo con amor loco, lo montaraz:" no puede ser más gráfico el amor á lo silvestre. En la primera habla Arturo de Provenza, de segado-

ras, de vendimias, de farándulas, de pífanos y tamboriles. ¿Dónde tendrá su filiación ese relato? Nada más sencillo: el nuevo ingenio salvadoreño tiene dos costumbres muy buenas. La primera es dedicar todos sus trabajos á alguna persona, esmaltándolas así con los nombres de todos sus amigos, cosa además muy usada entre los *literatos*. La segunda es la manía de las citas. Acribillado está *Bibelots* de nombres famosos, como Hugo, Gauthier, Rueda, Daudet, Auvennal, y sobre todos, Darío, Gutiérrez y Mendes. ¿Para qué será esto? Encuentro dos explicaciones, satisfactorias ambas. O por un cierto escrúpulo de conciencia artística del desvalijamiento que perpetró, ó para demostrarnos el cosmopolitismo de sus aficiones de que habla el prologuista. Sin embargo Zola, de quien es admirador incondicional, se ve menospreciado. Sólo se acuerda de él para adornar el "*Corpus Christi*," y de sus sanas teorías literarias, de sus consejos á los jóvenes, de su odio á la bambolla y al falso relumbrón, como si no lo hubieran saludado en la vida.



La "*Canción exótica*," es un tema que me sirve para tratar de algo que es característico á esta escuela á que parece pertenecer el señor Ambrogi. Es la necesidad que tienen los románticos de hablar de lo que no conocen ni entienden en general y en particular de los temas raros, que den motivo para usar frases de efecto y adjetivos relumbrantes, orientales sobre todo, le tienen ley al colorín, como el toro á la capa. ¿Qué se diría de un pintor que pretendiera adivinar las delicadezas ideales de un cuerpo de mujer joven y bien formada y que pintara sin modelo? que era un mentecato. Un artista de la palabra, desea describir Constantinopla: pues debe conocerla y gozar íntimamente y de manera intensa de tan bello panorama. Pero á Arturito, que creo no ha salido del Salvador, se le ocurrió después de escribir el "*Corpus*

Crisii", como salió tan malucón, con sus *tilín, tilín, tilín, sus risas en flor y por haber caído en Junio*, como justa compensación un derroche de colorido. . . . *asiático*.

He aquí lo que discurrió su fantasía: *Cautión exótica. A una japonesa* "Divino bibelot! Flor viviente, Linda damisela! Tus serenos ojos verdes hacen amar el follaje porque el follaje es verde, verde como tus ojos pequeños. Cuando hablas (siendo como es tu voz armoniosa) parece que guardas un pájaro celeste (qué barbaridad! qué mala jaula es la garganta de la pobre japonesilla! Repare que los pájaros, como los miniaturistas malos, á veces hacen inconveniencias). "Cómo cae tu trenza," ¡ah! "cómo es delgada tu cintura," ¡oh! "cómo tu mano de *nieve* y *rosa* juega con el abanico de plumas!" ¡Bah!, le van UU. encontrando sabor. "Nieve poeta de Yedo te creyó diosa. Cantó tu regia hermosura en sonoras y soberbias estrofas. El pincel de Yokosai ha copiado ya tu *talante* en lienzo de papel de arroz y el cincel de Autumura, pintor y escultor, ha hecho surgir del mármol, vivo y radioso, tu bien raro busto, tu rara y bella fisonomía de gata mimada." (Oiga U. tanto esfuerzo hecho para alabar una cara de gato; por Dios!, no desperdicie su imaginación *radiosa*). Viene ahora una de las repeticiones que dije anteriormente. Recuerden el Palacio del Sol. Berta, la niña fresca etc. La coda de la *Canción exótica* reza así: "Divino bibelot! Flor viviente, linda damisela de la corte del regio emperador!" . . . pero mejor es dispensar al fatigado lector de leer estas fantasías y remitirles á la clave que, si no estoy mal informado, es la "*Muerte de la Emperatriz de la China*" de Darío. Además quedaba poco, porque eso sí tienen esa ventaja los relatos de Ambrogio; mal escritos, pero cortos, en pequeña dosis como el veneno. Observaron la receta; para hablar de una japonesa, nombren los bibelots, el opio, el papel de arroz, el pie pequeño, la cintura delgada, los abanicos, el ojo respingado y ya tendrán una figura de mucho sabor y si mencionan á Yedo, á Yokosai, á Nieve, el exqui-

sito, aunque no sea característico el retrato y no sean sino unas cuantas palabras enjaretadas sin arte, como cuentas de rosario, les resultará el cuento japonés, si es que es preciso hacer monerías.

Por eso, Ambrogi opina que Flaubert fué un imbécil, atacado de la fiebre de la exactitud, cuando viajó por las ruinas de Cartago para escribir Sallambo, desde luego que él no ha salido del Salvador y lo presentan á las naciones extranjeras como el segundo tomo de Pierre Loti, por sus exoticiidades.



Sea U. menos colorista y menos decadente. Su entusiasmo por esas cosas que no están á su alcance le perjudica: abandone ese francesismo y busque en los paisajes, costumbres y tradiciones de su bello país tropical tema para su inspiración; aunque no la dé por hacer cuentos, haga cuadros locales. No es mío este consejo, pobre, desautorizado: lo afirman los maestros, los retóricos, los verdaderos artistas de América, que miran nuestra originalidad menospreciada por el capricho de la moda, que presienten un brillante porvenir para nuestras letras, el día que se tome de nuestra genuina naturaleza americana, lo que hay de primoroso en ella, y se desdeñe la manía gala (á la que hoy pagamos tributo), los Pierrots y las Nisetas, que son de pésimo efecto en un centroamericano.

Le hago justicia: lo que más admiro, en U., señor Ambrogi, es el entusiasmo, quizá por que me encuentro en otro ambiente. Le aseguro que en Costa Rica no hubiera publicado *Bibelots*. No carece de imaginación su obrita y puesto que aun U. no tiene sino 16 años, espero que en pequeña escala, porque entre nosotros todo es microscópico, sea su libro á la manera de los *Cuentos á Ninón*, el balbuceo de un temperamento, que ensaya y tantea, entre desaliños é incorrecciones, por apropiarse una fórmula del arte, para manifestar después los tesoros ocultos de su fantasía y las conquistas alcanzadas por su pensamiento.

En *Bibelots*, en efecto, aunque rara vez, he encontrado bellezas de forma, y ¿cómo se va á pedir idea completa, verdadera y sólida á uno que principia?”.

Sí se le debe exigir modestia y carencia absoluta de pretensiones, pues no faltaba más que se fuera U. á creer un genio porque dió á luz un folleto á los 16 años. Valiente caricatura de Víctor Hugo se me figuraría U. si algún Chateaubriand de su país le dijera “niño sublime”.

Pero, sobre todo, sea menos afrancesado, olvide el *Azul*. . . y sus tentaciones y conviértase en un buen salvadoreño, pues no debe desdeñarse así no más al pavoroso volcán de Yzalco, ya que tan bello panorama está por lo menos á su alcance, que no las vendimias de Provenza y las procesiones de Arlés.

Z I Z Í.





Crónica.

DOS CALAMIDADES.—EXCURSIONISTAS.
DOS NIDOS NUEVOS.—LETRAS PATRIAS.
SALUDO Y GALANTERÍA.

SAN José está inaguantable.—Atravesamos un período calamitoso. La política tiene intranquilos los ánimos. Se cumple ahora en nosotros una ley invariable; después de la lucha ha quedado la nación fatigada, sumida en una tristeza letárgica.—El termómetro de nuestra proverbial alegría, marca un grado bajo cero. Solo se oye hablar de enfermedades. La fiebre tifoidea invade muchos hogares; viene el enemigo oculto traidoramente en el agua: discurre como culebra en nuestros caños hediondos.

El catarro aumenta de día en día las filas de sus adeptos, y anda por ahí, dirigiendo con su batuta de hielo el gran coro de estornudadores.

El gloriado, los sudoríficos y los parches porosos están de moda, y nuestros médicos recorren las calles en sus volantas con aire entristecido multiplicándose materialmente para poder asistir á todos sus estimables clientes. Agréguese á lo dicho, que la mayor parte de las familias que salieron á cambiar de clima aún no han regresado. El campo nos arrebató muchas buenas y guapas amigas y por aquí quedamos sólo los que no tenemos finca donde refugiarnos; los enclaustrados colegiales y algunas gentes trabajadoras, que, por arte del diablo, son las que pasan trabajos.

Pero no hay mal que dure cien años. Al través de los nubarrones que hoy empañan el cielo de nuestra linda capital se ven ya brillar á lo lejos mejores.

días. Hay en perspectiva varias fiestas. El casamiento de nuestro amigo don Ricardo Montealegre con la señorita Adelia Aguilar, que será una boda opulenta. ¡Qué bien lucirá sobre la frente morena de Adelia la inmaculada corona de azahares!

El Licenciado don Manuel Argüello de Vars (con tratamiento) se casa también.—No es una indiscreción escribir el nombre de la prometida, aunque no hayan circulado todavía las participaciones de la familia.

Todos sabemos que es Clemencia, nada menos que Clemencia, la gentil emperatriz de los ojos negros, espumita de la gracia. Un lindo y delicado madrigal, una preciosa flor aromada por la pureza: toda espíritu, toda virtud, toda amor y fuego.

Para terminar, voy á darles una gran noticia, que hará batir palmas á los amantes de las bellas letras. Ricardo Fernández Guardia ha publicado un libro de cuentos. El nombre es muy modesto; "Hojarasca," pero no hay que fiarse de las apariencias; el libro vale como valen las violetas, apesar de acurrucarse bajo sus hojas.

No hacemos elogio alguno de la obra. ¿Para qué? Huelgan los pregones y el *humbug* está demás; Ricardo tiene ya su público que lo conoce y aprecia.

No hay necesidad de aperitivos, el libro será devorado como una golosina apetitosa.

Melico Argüello nos promete para el próximo número un juicio crítico acerca de "Hojarasca." Como de él, será bueno y digno de la obra de Ricardo, á quien damos con toda el alma nuestra calurosa felicitación.

Se nos ha comisionado para saludar á nuestros colegas de Centro América y muy especialmente á los de Costa Rica, con quienes más de cerca nos tocan las generales de ley.

Besa las lindas y breves manos de las lectoras (si se dejan) su admirador,

AQUILEO.

CUARTILLAS

Revista quincenal

CONDICIONES DE VENTA

Trimestre..... \$ 2-00
Número suelto..... 0-50

Pago adelantado

Administrador,

ANTONIO FONT

6^a Avenida E., N^o 39

San José, C. R.